



Karl Hoffmann: un naturalista en tiempos turbulentos

Luko Hilje Q.¹

Introducción

Son numerosos los naturalistas europeos y norteamericanos que han explorado los trópicos y, en particular, Mesoamérica. Sin embargo, a pesar de las dificultades y avatares propios de sus exploraciones, es casi seguro que ninguno ha debido sufrir las adversidades que enfrentara el médico y naturalista alemán Karl Hoffmann. Y esto es así pues, como se verá después, su arribo a Costa Rica estuvo crudamente signado por la invasión de las huestes filibusteras lideradas por el estadounidense William Walker, ante lo cual fungiría como médico de las milicias costarricenses, lo cual tendría muy serias repercusiones en su salud, hasta morir en plena juventud.

Es por esto que en este año de 2006, al conmemorarse el sesquicentenario de la Campaña Nacional, rendimos tributo a este inusitado humanista —víctima del olvido—, quien supo encarnar y demostrar como pocos las más altas aspiraciones del ser humano: el afecto por la naturaleza y el amor por sus semejantes, demostrados con creces —al precio de su propia vida— tanto en los bosques tropicales como en los campos de batalla y hospitales donde con gran abnegación salvó numerosas vidas.

El magnetismo de los trópicos

El 7 de diciembre de 1823 un niño nacía en Stettin (hoy llamado Szczecin, y perteneciente a Polonia), puerto ubicado en la ribera del río Oder, a quien el destino habría de vincular con un gran científico y humanista, ya para entonces famoso. Mientras el niño, llamado Karl Hoffmann Brehmer, apenas balbuceaba, Alexander von Humboldt, paisano suyo, frisaba los 54 años y residía en París, donde se había radicado y dedicado a escribir 30 volúmenes del libro *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo*

Continente, sobre su travesía por América, labor iniciada en 1807 y concluida en 1834.

En esa magna obra, Humboldt narraba los hallazgos derivados de su periplo de cinco años (1799-1804) por la América colonial —junto con el médico y botánico francés Aimé Bonpland—, financiado de su propio bolsillo gracias a la cuantiosa herencia de su madre. Arribaron primero a Venezuela —después, en París se convertiría en cercano amigo del libertador Simón Bolívar—, donde permanecieron más de un año realizando observaciones hidrológicas, botánicas, zoológicas y antropológicas. Estuvieron brevemente en Cuba y en Colombia por otro año, así como en Ecuador y Perú, donde descubrieron la corriente marina de Humboldt. Después permanecieron otro año en México, pasando por Cuba y Estados Unidos.

Soltero de por vida, Humboldt residió en París por unos 23 años, donde su fortuna se desvanecería como resultado de costear sus viajes y publicar sus obras. Ante esto, surgió providencial la mano del rey de Prusia (reino del Imperio Alemán), nombrándolo como consejero para garantizarle su subsistencia. Establecido en su ciudad natal, en 1827 y 1828 se dedicó a dictar las *conferencias Cosmos* sobre la descripción física del planeta, en la Universidad de Berlín, de gran interés científico y sumamente concurridas; de hecho, él se basaría en el material de esas charlas para, 20 años después, escribir los cinco volúmenes de su obra cumbre, denominada *Cosmos* o la *Idea general de una descripción física del Universo*.

Imposible para el niño Karl asistir o entender el contenido de aquellas conferencias, pues tenía apenas cinco años, pero ya habría oportunidad de conocer y tratar al sabio anciano. Cuando le llegó el turno se matriculó

¹Departamento de Agricultura y Agroforestería. Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE), Costa Rica. lhilje@catie.ac.cr

como estudiante de medicina en la Universidad de Berlín, de donde se graduaría a los 23 años, junto con su amigo Alexander von Frantzius, con quien compartía un fuerte interés por las ciencias naturales. De seguro que juntos realizaron giras de recolección por las zonas rurales de su provincia, Pomerania, la más importante de Prusia y del imperio en términos agrícolas, por su gran producción de cereales (centeno, trigo, avena y cebada) y papa, más remolacha y tabaco, así como la cría de ovejas (más un poco de ganado, cerdos y caballos).

Quizás se sentían a gusto explorando el bello territorio de Pomerania, tan plano que su altitud máxima es de apenas unos 300 metros, y debido a su contenido de arena son abundantes las dunas. Parajes con abundantes lagos poco profundos y riachuelos rápidos, así como rodeados por colinas onduladas, con bosques de robles, fresnos, hayas, sauces, álamos y alisos.

Es decir, ambientes muy homogéneos y simples, con poca biodiversidad vegetal y animal, pero aptos para cuanto querían hacer como naturalistas. Hasta que algún venturoso e inquietante día se topaban con las imágenes de los inefables y exuberantes trópicos del Nuevo Mundo, en la vívida prosa de aquel viejo sabio que los recorriera y entendiera tan bien. Y, más aún, cuando conocieron al admirado Humboldt, en alguna visita de éste a la universidad en la que estudiaban, o en algún otro sitio de Berlín, quien les debe haber inspirado y motivado tanto con sus relatos, como para tomar la decisión de trasladarse a vivir a Costa Rica. De hecho, cuando decidieron hacerlo, en setiembre de 1853 él incluso redactaría una carta de recomendación para ellos, dirigida al presidente Juan Rafael (Juanito) Mora.

Pero cabe indicar que Humboldt fue también un referente de carácter democrático y cívico para Hoffmann, quien como estudiante había participado activamente en las luchas contra la monarquía y el absolutismo. De vieja data en Europa, esas luchas resurgieron en 1847 y culminaron a inicios de 1848 con el derrocamiento de Luis Felipe I y la proclamación de la Segunda República en Francia, desencadenando insurrecciones populares en varios países. En Prusia, en marzo de 1848 Humboldt actuó como mediador en éstas y hasta rindió honores a las víctimas de la rebelión, en sus funerales.

Costa Rica, tierra de promisión

Aunque las referidas luchas abrieron una etapa promisoría en la vida democrática de Prusia, las esperanzas pronto se disiparían y, más bien, surgiría un fuerte aparato represivo, junto con una crisis económica tan seria, que causaría el éxodo masivo de ciudadanos hacia América.

En esa época, el territorio de Costa Rica y los demás países centroamericanos estaba casi virgen, colmado de áreas boscosas densas e inexploradas. Casi deshabitado, con apenas unos 100.000 habitantes -la mayoría concentrados en el Valle Central-, en él predominaba la producción de café, junto con el tabaco y la caña de azúcar, más algunos cultivos alimenticios y la ganadería.

Desde 1848 el gobierno había mostrado interés en fomentar la colonización del país con inmigrantes europeos, ante lo cual se fundaría en 1850 la *Sociedad Berlínesa de Colonización para Centroamérica*. Con sede en Berlín, en Costa Rica su líder era el barón Alexander von Bülow, mientras que su secretario era el abogado Fernando Streber. En 1852 se aprobó un contrato para establecer una colonia en Angostura, Turrialba, en la margen derecha del río Reventazón (muy cerca del CATIE). La meta era asentar 7.000 alemanes en 30 años, para lo cual la Sociedad recibió 32.000 hectáreas, que debían deforestar y sembrar. Este proyecto se malogró pocos años después, por varias razones.

Streber, 14 años mayor que Hoffmann, había sido dirigente político y compañero de él en las jornadas por la democratización de Prusia. Conociendo las dificultades económicas y sociales de su patria, así como el desánimo de Hoffmann ante tal situación, lo invitó a radicarse en Costa Rica, donde ya había una importante cantidad de alemanes, la mayor cifra entre los extranjeros.

Es decir, la decisión de mudarse a Costa Rica obedeció a la situación personal, derivada de sus convicciones políticas, más el estímulo de Humboldt. A ello debe sumarse que tanto él como von Frantzius enfrentaban problemas de salud, y el clima tropical podría mitigar éstos; von Frantzius padecía de los pulmones (posiblemente tuberculosis), mientras que el padecimiento de Hoffmann no está del todo claro, como se indicará después.

Tras varias peripecias y dificultades, Hoffmann y su esposa Emilia, acompañados por von Frantzius, abandonaron su patria en el bergantín *Antoinette*. Tras 51 días de navegación, en uno de los cuales celebró sus 30 años de edad, arribaron el 14 de diciembre de 1853 a San Juan del Norte (Greytown), en la costa caribeña de Nicaragua. Por coincidencia, venía con ellos el naturalista Julián Carmiol (Carnigohl, originalmente), viudo, a quien acompañaban sus cuatro hijos.

Ya en tierra, de seguro tuvieron la oportunidad de palpar en su piel y en sus sentidos la materialización de aquellas imágenes del trópico narradas por el maestro Humboldt, sentidas con las incesantes y fuertes lluvias de diciembre en esa zona del Caribe. Días después, en un pequeño bote remontaban las aguas del caudaloso y amplio río San Juan, así como del bravío río Sarapiquí, para

desembarcar en Muelle, desde donde una estrecha vereda entre el tupido y muy húmedo bosque ascendía hasta la Cordillera Volcánica Central, para descender después hacia San José. En todo este recorrido demoraron más de dos semanas, entre numerosos peligros propios de la montaña, como pendientes abruptas, enlodadas y resbalosas, ríos grávidos que vadear, serpientes, felinos, tábanos, nubes de insidiosos mosquitos, etc. Sí, tanto de cuanto habían escuchado de Humboldt.

Su vida cotidiana

Ya en San José, Hoffmann se estableció en el casco de la ciudad —de apenas nueve cuadras en cada costado— donde anhelaba convertirse en profesor en la Universidad de Santo Tomás —al igual que von Frantzius, quien por su enfermedad pronto se trasladó al clima cálido y seco de Alajuela—, pero en ésta no había carrera de medicina (los médicos se formaban entonces en la Universidad de San Carlos, en Guatemala) ni de ciencias naturales. Eso lo revela una carta de recomendación suscrita por el Dr. Nees von Eesenbeck, presidente de la Academia Leopoldo-Carolina de Investigadores de la Naturaleza del Imperio Germánico, quien los describía como “*ampliamente versados en ciencias naturales y en el arte de la medicina. Ambos solicitan [...] una estadía y un puesto docente en vuestra universidad*”.

La formación recibida en Berlín lo calificaba como médico prominente, de lo cual pronto dio pruebas fehacientes en su casa, que era además consultorio médico, botica y hasta vinatería por un corto tiempo. Pero se le reconocía ampliamente su don de gentes, humildad, compasión y espíritu de servicio, que lo hicieron ganarse de inmediato el cariño de la gente, incluyendo al presidente Mora, a quien había conocido al entregarle la carta de Humboldt. Hombre culto y acucioso, dirigió el *Periódico Alemán de Costa Rica*, junto con su amigo Streber y el ingeniero Francisco Kurtze. Aunque de formato pequeño y breve contenido, este semanario bilingüe tenía una red de agentes en varios países, incluyendo a Europa y los EE.UU.

A pesar de sobrellevar la enfermedad crónica que lo había aquejado desde joven, esto no detuvo su impulso de explorar nuestra naturaleza. Dedicado de lleno a su profesión para subsistir, se contentó con aprovechar su tiempo libre para recolectar especímenes en lugares no muy distantes de la capital, o algo lejanos pero con buen acceso. Por fin, año y medio después, se aventuró a escalar el volcán Irazú -que divisaba todos los días desde su casa- en mayo de 1855, y apenas tres meses después ascendería el volcán Barva.

Por fortuna, de ambos viajes nos legó amplios relatos de rico contenido científico, pero también escritos con

gran lirismo. Se trata de relatos que, en medio de sus observaciones de carácter botánico y zoológico, así como biofísicas (en vulcanología y climatología), nunca omiten al ser humano que puebla las zonas rurales, con inquietudes propias de la antropología social. Todo ello, en contenido y estilo, hace imposible no evocar a su mentor Humboldt. Una muestra de ello aparece el siguiente fragmento, de su relato sobre el volcán Irazú:

“Apenas habíamos salido de Cartago, comenzamos a subir por un terreno cada vez más empinado y obstaculizado a trechos de grandes y de pequeños bloques de una lava dura y pálida. Magníficos potreros con el mayor y más hermoso ganado que quizás puede verse en el país, alternaban con grandes sembrados de papas, dentro de los cuales había lindas casas rodeadas de hortalizas, maizales y platanos.

Aquí está la región en donde se cultivan las papas para todo el país. Desde este lugar hasta la aldea de indios en Cot (hacia el este), se trabaja casi solo en este ramo de la agricultura, porque la papa no prospera en los lugares más bajos. Mas, ¡qué interesante espectáculo para el geógrafo agrícola, y qué bendito país el que ostenta semejantes fenómenos!

Una casita rodeada de plantas de bananos o plátanos, limoneros, granadas o naranjales y cultivos adyacentes de trigo, papas, rodeadas de piñas, alternando con plantaciones de maíz y yuca. Entre más cabalgábamos monte arriba, tanto más raras se hacían las casitas y los sembrados y tanto más áspero el clima. A menudo teníamos que cabalgar largos trechos a través de masas de nubes que nos empapaban completamente con su descarga de gotas finas como polvo (garúa), pero también a menudo venía un fuerte ventolero que dispersaba las nubes como por un conjuro mágico y nos concedía por momentos una espléndida vista retrospectiva de la ciudad y la altiplanicie de Cartago.

Finalmente, se desvanecieron los últimos vestigios de cultivos y ya cabalgábamos dentro del majestuoso bosque virgen. Para mí no era nueva una selva primitiva tropical. La he visto quizás en su mayor exuberancia imaginable, tanto en el lado del Atlántico del istmo [centroamericano], en las orillas del río San Juan y la laguna de Shepperd, como en la vertiente occidental, en el río Aranjuez, que desagua en el golfo de Nicoya. Pero, con todo, estaba maravillado y no podía saciarme de contemplar la fisonomía de esta vegetación, para mí absolutamente nueva”.

En realidad, se percibe cuán entusiasmado estaba él, saciándose en tan corto lapso de nuestra naturaleza, desentrañándola y describiéndola, sin percatarse de los signos ominosos que empezaban a cernirse sobre los cinco



Figura 1. Escena de la batalla de Rivas, el 11 de abril de 1856. Cortesía: Archivos del Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.

países centroamericanos, con la llegada a Nicaragua del jefe filibustero Walker, lo que marcaría irreversiblemente su futuro.

Centroamérica agredida

Apetecida por su posición geopolítica, sobre todo por la importancia estratégica del río San Juan para desplazarse de la costa oriental de los EE.UU. hacia California durante la fiebre del oro, Nicaragua estaba en la mira tanto del imperio inglés como de los poderosos esclavistas del sur de los EE.UU., ávidos de extender sus dominios hacia América Central y el Caribe.

Y serían las pugnas entre los liberales y conservadores las que conducirían al liberal Francisco Castellón a la inmensa torpeza de pactar con Walker, quien se guiaba por la ideología del *destino manifiesto*, según la cual Dios eligió a los EE.UU. para convertirse en una nación superior, de modo que “*el cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno*”. Médico, abogado y periodista, este aventurero llegó el 16 de junio de 1855 para insertar un batallón (la Falange Norteamericana) dentro del ejército liberal, pero con el tiempo se convertiría incluso en presidente del país.

Así, Nicaragua se convirtió en la “cabeza de playa” que bajo la consigna *Five or none* (Todas o ninguna) Walker utilizaría para tratar de conquistar las cinco repúblicas centroamericanas y anexarlas a los dominios de los esclavistas, quienes financiaban con largueza su violenta empresa expansionista. Y pronto puso la mira en Costa Rica, que disfrutaba de gran prosperidad gracias al auge económico y social derivado de la exportación de café hacia Europa.

En el frente de guerra

Tanta fue la premura, que ya el 1º de marzo de 1856 don Juanito convocaba a la población a las armas, mediante una emotiva y vibrante proclama. Ante tales circunstancias, esa misma tarde 35 alemanes residentes en San José le enviaron una carta ofreciendo defender el país, ante lo cual a varios se les asignarían tareas de alto nivel militar y se nombraría a Hoffmann como Cirujano Mayor del Ejército Expedicionario, vale decir, del ejército convencional más los milicianos reclutados para defender la patria amenazada.

Tres días después se iniciaba la aventura bélica, con las tropas desplazándose hacia Liberia, Guanacaste. Con el país invadido desde Nicaragua por 300 filibusteros, el primer combate acontecería el 20 de marzo en la hacienda Santa Rosa (hoy Parque Nacional), donde se les

derrotaría rápidamente, gracias al fervor patrio de nuestros combatientes. Atendidos en ese momento por el Dr. Cruz Alvarado, hubo 20 muertos y 31 heridos, quienes luego serían auxiliados por Hoffmann, que estaba en Liberia con don Juanito y casi todo el Estado Mayor.

Por órdenes superiores, pocos días después nuestro ejército penetraba en Nicaragua, donde el 7 de abril en La Virgen, Hoffmann debió realizar la primera operación seria. Se trataba de la amputación de una pierna a un combatiente —cuando no existía anestésico más que el licor—, quien moriría, pues se había desangrado mucho para entonces.

Pocos días después, establecidas nuestras tropas en Rivas, el 11 de abril serían atacadas por los filibusteros en forma sorpresiva, con el saldo aterrador de 500 muertos y 300 heridos en nuestras filas. No obstante esta tragedia, la batalla se ganaría, gracias al regreso de dos grandes batallones que se habían dirigido a otras ciudades, más la quema por parte de Juan Santamaría —nuestro héroe nacional— del fortificado y casi impenetrable mesón donde Walker, sus mandos superiores y gran parte de su ejército se habían albergado todo el día.

Estos huyeron, pero don Juanito decidió no perseguirlos, para atender a los heridos. En efecto, en el hospital de campaña improvisado en una casa, de inmediato Hoffmann, Andrés Sáenz, Francisco Bastos y Carlos Moya (pues Alvarado había permanecido en Liberia) debieron enfrentar tan descomunal labor, con inmensas carencias de personal médico, camas y medicinas. Aún así, su abnegación quedaría retratada para la historia en un parte suscrito por el general Pedro Barillier, en el que consignaba: “[...] *¡y cuánto celo y acierto en los inteligentes cuidados prodigados a nuestros numerosos heridos por el señor Cirujano en Jefe Carlos Hoffmann!*”.

Pero la mayor tragedia estaba por sobrevenir. Algunos milicianos de súbito tuvieron deyecciones acuosas y blanquecinas como “agua de arroz”, vómitos, sed intensa y calambres musculares, con postración y ansiedad, y morían en pocas horas. Intrigado, Hoffmann pronto acertó en el diagnóstico: ¡cólera morbus! Lo conocía bien pues, poco antes de graduarse en Berlín, había realizado un internado en un hospital de enfermos de cólera. Sin embargo, para entonces se desconocía que era causada por la bacteria *Vibrio cholerae*, y más bien hasta los médicos pensaban que era transmitida como vapores miasmáticos (emanaciones pútridas).

Considerando que éstas eran propias del clima de Rivas, se incurrió en el grave error de repatriar las tropas, lo cual diseminaría la peste en el interior del país. En las ciudades transitaban las carretas con pilas de muertos, que eran enterrados en fosas colectivas. Sobrecogida por

el pánico, la población no sabía qué hacer, y fue entonces cuando por la prensa Hoffmann intervino para llamar a la serenidad y recomendar ciertas medidas (evitar frutas y bebidas fermentadas, así como consumir reconstituyentes y buen licor en forma moderada) que hoy se sabe que funcionan contra dicho mal. Incluso desarrolló una *medicina anti-colérica* (gotas amargas vertidas en coñac o vino fino). Por razones epidemiológicas, más la acertada intervención de Hoffmann, la enfermedad se extinguió en julio, aunque con el devastador saldo de unos 10.000 muertos.

En el ocaso de su vida

El inmenso esfuerzo desplegado por Hoffmann tanto en Rivas como durante la epidemia del cólera, deterioraría su salud de manera irreversible. Es decir, la fatiga y el estrés exacerbaron su vieja enfermedad, al parecer relacionada con la médula ósea, aunque difícil de precisar con los escasos conocimientos médicos de la época. Esto le imposibilitó participar en la segunda etapa de la Campaña, emprendida a fines de 1856, que culminaría con la rendición de Walker el 1º de mayo de 1857.

Pero su enfermedad, que se intensificó de manera paulatina, también le dificultaba ejercer como médico. Para paliar su pobreza, el Estado le otorgó una pensión a partir de marzo de 1858. A pesar de la rigidez de sus manos, se dedicó a pulir el relato acerca de su ascenso al volcán Barva —que había dejado abandonado por la guerra—, lo cual concluyó en junio de ese año. Como último recurso, en febrero de 1859 partió con su esposa hacia Puntarenas, en busca de un clima cálido, pero recién llegados a dicho puerto ella moriría debido a una epidemia local de tifoidea.

Profundamente deprimido y solitario —pues no tuvieron hijos—, moriría el 11 de mayo (curiosamente, Humboldt había muerto cinco días antes, sin que él se enterara), poco antes de lo cual dictaría a su amanuense y albacea Rodolfo Quehl una emotiva carta de despedida para don Juanito. Sería enterrado al día siguiente en el cementerio de la ciudad de Esparza, en una fosa contigua a la de su esposa, donde permaneció por 70 años. Con motivo de la inauguración del monumento a don Juanito en San José el 1º de mayo de 1929, sus restos serían exhumados y trasladados a la capital, donde se les enterraría con la pompa pertinente a un General de Brigada.

Sus aportes como naturalista

En mi opinión, el juicio sobre la calidad de los aportes de Hoffmann como naturalista no puede omitir, de ninguna manera, los tiempos turbulentos y graves en que le



Figura 2. Tumba de los esposos Hoffmann el 7 de setiembre de 2006, día del homenaje a su memoria (Foto: Luko Hilje).

correspondió vivir. Es decir, sería injusto y mezquino juzgarlo con los criterios empleados para sopesar los aportes científicos de los exploradores convencionales, pues debió postergar o dejar de lado sus anhelos científicos para dedicarse a salvar las vidas de los milicianos y de los enfermos del cólera. En tal sentido, su período de actividad científica real en Costa Rica fue de apenas dos años y medio, pero muy fructífero, como se detalla a continuación.

En primer lugar, es claro que fue un naturalista de amplia formación académica, pues hizo aportes tanto de carácter biológico como biofísico (en vulcanología y climatología). En cuanto a sus contribuciones en temas biofísicos, los expertos reconocen hoy su labor pionera en publicar valiosas descripciones científicas sobre dos de nuestros volcanes, así como en interpretar, sin instrumentos pero con gran intuición e inteligencia, enigmas de tipo atmosférico ocurridos en la laguna del volcán Barva.

Pero, además, hizo valiosos y originales aportes en fitogeografía, al identificar la forma en que el clima y otros factores determinan las características de las formaciones vegetales, para entonces proponer un esquema concreto: la clasificación e interpretación de nuestra vegetación. En una fehaciente muestra de su profunda capacidad de observación, supo sintetizar y plasmar la primera clasificación de nuestros pisos altitudinales, así: *tierra caliente* (del nivel del mar a los 900 m), *tierra templada* (entre 900 y 1500 m) y *tierra fría* (a partir de 1500 m). Pero fue más allá, al establecer siete zonas vegetacionales en el país: *costera* (litoral y humedales al nivel del mar), *de bosques húmedos y sabanas* (hasta 1000 m), *de las tierras altas* (1000-1650 m), *montano tropical* (1650-2300 m), *de robles o encinos* (*Quercus* spp.) (2300-3000 m), *de vegetación arbustiva* (3000-3300 m) y *de vegetación subalpina* (a partir de 3300 m).

Si bien se podría argumentar que estas categorías son demasiado generales, el suyo fue el esquema pionero y, así, el punto de partida para esquemas más refinados, que culminarían con el hoy vigente, basado en zonas de vida, propuesto por el Dr. Leslie Holdridge mientras laboraba en el CATIE. Es decir, habiendo vivido en Pomerania únicamente, donde no hay montañas altas, Hoffmann se atrevió a clasificar la diversa y compleja vegetación de Costa Rica, que comprende desde el nivel del mar hasta 3819 m, en el cerro Chirripó. Este fue un aporte visionario, pues esquemas como el suyo son hoy herramientas indispensables para la planificación en el uso de la tierra, tanto en los campos agrícola y forestal, como en la protección de cuencas hidrográficas y el manejo de áreas silvestres.

En segundo lugar, cabe señalar que, en contraposición con la mayoría de los naturalistas extranjeros que han explorado los trópicos, él no deseaba (al igual que von Frantzius) ser itinerante, sino residente, y mantenerse por sus propios medios, ejerciendo como médico para subsistir. Pero, a diferencia de von Frantzius, quien residiría en el país por unos 15 años y se concentró únicamente en aves y mamíferos, realizando inmensas contribuciones, Hoffmann tenía interés tanto en plantas como en todos los grupos de animales. De hecho, su sueño era publicar un libro titulado *Flora y fauna de Costa Rica*, lo que se frustraría debido a su seria enfermedad y temprana muerte, acontecida sin haber cumplido 36 años de edad.

Antes de la llegada de estos dos alemanes, nadie había acometido el estudio de nuestra fauna, en tanto que la flora había sido explorada de manera parcial por el botánico danés Anders Sandoe Oersted (entre 1846 y 1848) y el jardinero polaco Josef von Warscewicz (en 1848). Es decir, Hoffmann fue el inmediato continuador de estos esfuerzos, así como nuestro primer explorador zoológico que trabajó con visión de conjunto y totalidad.

Sin ser taxónomo, la tarea de identificar las muestras que recolectaba le resultaba casi imposible, debido al nulo o muy escaso conocimiento de nuestra biota, la mayoría no descrita hasta entonces. Por tanto, él recurría a los únicos dos libros especializados en la taxonomía de plantas y animales del neotrópico, que eran *Reise in Guiana* y *Viaje a Brasil en los años 1815-17*, escritos por sus paisanos Robert H. Schomburgk y Maximilian de Wied tras sus exploraciones por Guyana y Brasil, respectivamente.

Para solventar esta situación, Hoffmann supo aliarse con los prominentes taxónomos Johann F. Klotzsch (Museo Botánico) y Wilhelm Peters (Museo Real de Zoología), lo que permitió el envío de gran cantidad de especímenes hacia Berlín. A pesar de sus problemas de

salud y de serias dificultades logísticas (peligros en la montaña, pésimos caminos, carencia de electricidad para secar muestras vegetales y de materiales para preservación, deterioro en el mar durante la travesía, etc.), hasta 1858 había enviado 928 especímenes de plantas a Klotzsch y 300 de animales (insectos, peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos) a Peters, a los que se sumarían unos 2000 ejemplares de plantas que donó al morir, como consta en su testamento.

De este ingenio es fuerza resultaría descritas numerosas especies nuevas para la ciencia y, como reconocimiento a su labor, unas 22 especies de plantas y 16 de animales serían bautizadas con su nombre. Para evitar confusiones, cabe hacer aquí una digresión para indicar que el apellido Hoffmann es bastante común dentro y fuera de Alemania, y que a otros científicos de ese apellido que han explorado los trópicos también se les ha dedicado especies o géneros, como sucede con los géneros *Hoffmannia* (Rubiaceae), *Hoffmanniella* (Asteraceae y ácaros) y *Hoffmannseggia* (Fabaceae).

En cuanto a nuestro biografiado, la primera especie dedicada a él fue el oso perezoso *Choloepus hoffmanni*, cuando estaba vivo. Otros ejemplos son el helecho *Asplenium hoffmannii*, el terré (*Croton hoffmannii*), la lechilla (*Euphorbia hoffmanniana*), el San Rafael (*Pseudogynoxys hoffmannii*), el caracol *Drymaeus hoffmanni*, el milpiés *Chondrodesmus hoffmanni*, la araña picacaballo (*Sphaerobothria hoffmanni*), la lagartija *Anolis cupreus hoffmanni*, la culebra de tierra (*Geophis hoffmanni*) y el pájaro carpintero *Melanerpes hoffmannii*.

Epílogo

Nuestro interés por este inusitado humanista surgió al toparnos de manera sorpresiva con su tumba en el Cementerio General, hace pocos años. Conmovidos por el estado de abandono de ésta, así como estimulados por la lectura de las publicaciones que aparecen en la bibliografía, nos adentramos en su vida gracias a numerosos documentos desconocidos, de los cual resultarían dos libros nuestros.

Asimismo, al publicarse el primero, organizamos un tributo en su tumba, acompañados por las banderas e himnos de Alemania y Costa Rica. Pero lo cierto es que en ese acto la bandera de Costa Rica encarnaba las de los cinco países otrora amenazados, pues todos se beneficiaron de la labor de este noble y heroico médico, quien al salvar la vida de tantos combatientes contribuyó a evitar el triunfo filibustero y, así, al afianzamiento de la libertad y la soberanía de Centroamérica.

Literatura citada

- Alfaro de Jiménez, I. 1963. Apuntes sobre el Dr. Carl Hoffman (1823-1859). Anales de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. I. 1959-1963. Imprenta Nacional. p. 51-73.
- Hilje, L. 2006. Karl Hoffmann: naturalista, médico y héroe nacional. Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio). Heredia, Costa Rica. 200 p.
- _____. 2007. Karl Hoffmann, Cirujano Mayor del Ejército Expedicionario. Editorial Colegio Universitario de Alajuela (CUNA). Alajuela, Costa Rica. (Aceptado).
- León, J. 1941. Carlos Hoffmann. Nota biográfica. Revista de los Archivos Nacionales. Costa Rica. 3-4:311-133.
- Meléndez, C. 1976. Carl Hoffman. Viajes por Costa Rica. Serie Nos Ven No. 6. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José, Costa Rica. 219 p.
- Toledo, N. 1859. Necrología. Crónica de Costa Rica, No. 215. 21-V-1859. p. 4.